

José de la Colina: juego y libertad

Edgar Esquivel

Escribe que escribirás: “así que cuando escribo soy habitante del Reino de la Libertad”. Resulta de ello un libro contumaz de José de la Colina: *De libertades fantasmas o de la literatura como juego*.

Menuda búsqueda esa, la de la libertad, por la que han desfilado ingente cantidad de hacedores de historias e ideas, y cierto que unos más renombrados que otros, de acuerdo a la época o el temple de sus obras y los siglos que viven; pero no por muy citados, a veces por mero capricho, les corresponde reserva tal de lectores que augure inclusive leyendas, un canon o elegía alguna que imponga memoria y de paso evoque un antes y un después en las costumbres y otras invenciones no menores. Es decir, hay escritores que son genios totales y fatales propensos de ser invocados como revulsivos.

Entonces apura José de la Colina: “Cuando Cervantes intuye el *Quijote* en la cárcel, cuando cualquier prisionero improvisa cantando una canción de amor o de burla, entran en el reino de la libertad, es decir: ejercen las libertades fantasmas. Quizá no existen otras”. Razón demás para ponderar los méritos y afanes de don José, cuya siempre diligente lectura —de lo que se ha deseado leer sin mayor restricción que la predilección y el gusto— comparte cual gozo de flagra charla. Ahí brinda justa dimensión de lo creado por ingenio y corazón la crítica honesta de sus capacidades, única posible al fin. Recuérdese a Gerardo Deniz: “la crítica no será nunca, bajo ningún concepto, profética, ni siquiera después de los hechos”. En cambio sí los hechos mismos (obras de la fantasía) que aducen una irrealidad que nos describe, descontando sistemas y dogmas, como seres cuya condición es libertaria, es decir, rebelde o lúdica.



José de la Colina

Existen a veces textos que ofrecen las relecturas necesarias de nuestros clásicos, conocidos o no tanto, incitando los “aspectos literarios marginales o poco serios generalmente considerados menores o de juego”. Viene a cuento bajo el arbitrario azar “La invención de Pinocho”, ensayo en el que José de la Colina rememora, además del *Pinocchio* de su infancia, algo más avasallador que la versión animada donde incisivamente se condena la mentira y advierte de sus nefastas consecuencias: la marioneta primigenia de Carlo Collodi, autor de *Las aventuras de Pinocho*, publicación de 1883 a la que no “le faltan miserias, durezas ni negruras”.

Érase una vez... —¡Un Rey!— dirán enseguida mis pequeños lectores. No, chicos, os habéis equivocado. Érase una vez un trozo de madera. Collodi, nacido Carlo Lorenzini, florentino él, relató de qué va la “materia de los sueños” ni más ni menos, y eso va aparejado de abundantes noches, lejanías, intemperie, crueldad y hambre—anota De la Colina—, pero la magia narrativa de Collodi es tal que nos hace sentir esos paisajes, esos climas, con el mínimo de palabras,

aludiéndolos sin describirlos. Etapas o circunstancias ha habido, aun en el presente, en que la capacidad de elegir es cercenada o implica riesgos: escritos y autores pasan por ello. Evidente queda un hecho subversivo como pocos: la razón que imagina y vuela, aun cuando esta se muestre revenida de ínfulas y dictados punzantes sobre lo bueno y lo malo sin reparar en la naturaleza de la vara que mide. Entonces puede alegarse una doble sedición si sobre la exigencia moral prevalece el espíritu travieso que denota capricho y desobediencia: Pinocho no es pues un muñeco viviente que miente sin reparar en los saldos perniciosos, es un ser, materia transformada, que aspira a ser humano y actúa en consecuencia según el pecado original.

La riqueza de una narración o un poema yace no en la desnuda moraleja que pretende verdades, sino en el arropo de inventiva que mezcla trozos de existencia, creencias, miedos y remedios para el alma, que torna perdurables las personales acepciones y convicciones estéticas. Carlo Collodi, o Lorenzini, el padre de Pinocho, fue “el poeta creador de un pequeño pero inmenso mundo en el que la realidad no estuviera divorciada del sueño. Y esto fue en un libro y tal vez una sola vez”. No podría haber mayor cala en los hombres racionales que buscan ser libres que lógica de la sinrazón. Y a decir de José de la Colina, buen conocedor y practicante de libertades imaginarias, vivimos todos, de una u otra guisa, en el tiempo y el espacio de la imaginación.

Dime, petimetre, ¿tu cuento acaba aquí? No —respondió la marioneta—, dos palabras más y luego le dejo en paz. **u**

José de la Colina, *De libertades fantasmas o de la literatura como juego*, FCE, México, 2013, 304 pp.